



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

P. Dr. Expedito Schmidt, O. F. M.

Nacido en Dettelbach del Maine. Figura sobresaliente en la crítica literaria y teatral. Entre sus obras merecen citarse *De luterano a franciscano*; *El Teatro de la escuela alemana en el siglo XVI*; *Predominio extranjero en la literatura alemana*; *El Fausto, poetización de la humanidad por Goethe*. Al P. Expedito debemos también la edición de las obras completas de Otto Ludwig. En 1933 fué nombrado director del teatro regional bávaro.

Si a la pregunta que se me hace sobre mi conversión hubiera de responder señalando puntualmente el tiempo en que comencé a sentirme insatisfecho con mi heredado credo protestante, tropezaría con no pequeña dificultad. Desde el momento en que salí de mi piedad infantil, caracterizada por su sentimentalismo, formada por los cuidados de una madre profundamente creyente y de espiritualidad nada vulgar, no recuerdo haberme sentido jamás completamente satisfecho de mi religión. Ciertamente que la lectura de libros y revistas científico-populares, saturados del espíritu de Moleschott y Büchner, que corrían por los años 70 y 80 del pasado siglo, no era medio muy apropiado para robustecer mi fe; pero tampoco ésta me proporcionaba las armas necesarias para contrarrestar aquel influjo.

La instrucción religiosa de la segunda enseñanza tampoco me ofreció lo que mi alma deseaba. Lo que se nos decía sobre el plan salvador de Dios, a mí me parecía demasiado caprichoso y sin la trabazón interna necesaria para imponerse al entendimiento. Ahora yo diría que **teníamos las piezas en las manos, pero nos faltaba el espiritual lazo de unión**. Estas palabras no encierran el menor reproche contra mis antiguos maestros, los cuales desempeñaron su cargo lo mejor que pudieron. Pero cuando uno de ellos (con quien por lo demás me han unido posteriormente íntimas relaciones científicas) declaraba en cierta ocasión: "En todo caso nuestra religión es la más verdadera" venía a concederle un **valor, a lo más relativo**, y yo deseaba una lógica convincente.

Que en la Iglesia católica podría encontrar lo que en la protestante echaba de menos, ni a mí ni a ninguno de mis compañeros nos pasó por las mientes. **Según nuestros prejuicios, la Iglesia católica** es para gentes de ruin espíritu que se satisfacen con exterioridades: una forma de Cristianismo enteramente anticuada. Cabalmente nosotros, como los más entre los protestantes de carrera, éramos **hegelianos inconscientes**, para quienes sistema una vez superado en el proceso dialéctico, era sistema definitivamente arrinconado.

En nuestra instrucción de confirmandos se trató también de la Iglesia católica; pero sólomente en lugar muy secundario: todo se redujo a un recuerdo reprobatorio hecho de pasada con algunas palabras despectivas. Por el contrario, nuestro profesor, hombre por lo demás digno de toda estima, disparó todo su enojo luterano contra los compañeros de reforma del profesor de Witemberg, que se permitieron enseñar doctrinas distintas a las de Lutero: contra Zuinglio y Calvino. Esta conducta fué precisamente la que despertó en mí los primeros reparos: **¿quién era entre aquellos tres autores el que tenía razón?** ¿Quién podría asegurarme en quién de ellos se nos manifestaba la autoridad divina? Naturalmente a tales preguntas no había manera de hallar respuesta en ninguna parte; y no sabiendo a quién de los tres doctores había de creer, opté por no fiarme ni creer a ninguno de ellos. Con esto, el resultado de mi instrucción de confirmando fué una apostasía expresa. Cuando en la ceremonia de la confirmación se hizo a coro, como de costumbre, la profesión de fe; yo callaba. Ni quería hacer sinceramente la tal profesión de fe, ni quería mentir.

De no haber estado ya entonces gravemente enferma mi madre (murió nueve meses después), por lo cual no me sufrió el corazón ocasionarla aquel disgusto; yo me hubiera negado sencillamente a recibir la confirmación. Sólo por consideración para con mi madre enferma me avine a pasar exteriormente por todo aquel ceremonial sin prestarle interiormente mi adhesión.

En mi interior yo había perdido toda fe; **más: había abandonado la oración**, no como frecuentemente ocurre, por una negligencia progresiva, sino conscientemente, de propósito y en un día determinado, por juzgarla sin sentido en mi situación doctrinal. Naturalmente a nadie dije nada de todo esto; pero tampoco hubiera llamado excesivamente la atención entre mis allegados, ya que en el círculo familiar tanto íntimo como más extenso, excepción hecha de mi madre, nadie apenas llevaba una vida de oración intensa. A todo esto mi interés por las cuestiones religiosas permaneció extraordinariamente despierto, si bien comúnmente, por razones obvias, se manifestaba en sentido negativo. Mi revolución interior llegó a su punto crítico cuatro años después. Comencé de nuevo a pensar en Dios, aunque sin llegar a tener oración. Quise en cierta ocasión visitar una iglesia protestante, pero habiendo llegado hasta su misma puerta, me sentí impotente para realizar mi propósito. Dí media vuelta y vine a parar, casi sin sospecharlo, **en una iglesia católica**, en la que entré por la sola razón de haber encontrado sus puertas tan acogedoramente abiertas. Oí en ella un sermón de corte para mí enteramente nuevo, sobre el fragmento evangélico que narra la pesca milagrosa de San Pedro. No es que la pieza resultara una obra maestra de Retórica; pero

s. Misa, aunque naturalmente sin entenderla y sin rezar, sencillamente como mero espectador.

Pasados algunos días me presenté en la casa parroquial y manifesté mi inclinación hacia la Iglesia Católica. La frialdad con que fué acogida mi manifestación me causó impresión tan honda, que resulté curado de una vez para siempre de cuanto se nos había hecho creer sobre el intemperante afán de pescar almas y el proselitismo católico. "No tenemos la costumbre (se me respondió) de lanzarnos tan precipitadamente a hacer católicos". Precisamente este desaire tuvo la virtud de despertar en mí un deo irreprimible de estudiar profundamente aquella Iglesia, que se me revelaba tan distinta de como se nos había pintado, y aun de ingresar en ella a toda costa. Volví a visitar repetidas veces la casa parroquial y al fin recibí regalado un pequeño **catecismo católico**, en el que comencé a estudiar con empeño. En él tropecé con la soberana conciencia de la Iglesia católica que se cree a sí misma columna y fundamento de la verdad. De buenas a primeras esto me pareció sobradamente pretencioso, por no haber llegado hasta entonces a ver en la iglesia católica sino una de tantas en la serie de las comunidades cristianas; se me continuaba imponiendo con todo, por el espíritu que iba descubriendo en ella, tan distinto del protestántico, donde nunca llega uno a saber en limpio quién de los pretendidos reformadores acertó a decir la verdad. En todo caso me sentí obligado en conciencia a estudiar a fondo esta Iglesia. Por este tiempo todavía no había logrado volver a tener oración venciendo mi apatía; di este paso poco tiempo después en un hospital católico donde se practicaba la oración en común.

Dios fué bondadoso conmigo y me condujo (hablando humanamente) por caminos derechos, si bien no siempre llanos, a las manos de un sacerdote católico que fué mi guía e introductor en la Iglesia. Mucho he tenido que oír posteriormente de gentes que llegaron a descubrir mis intenciones, y condenaban la terquedad con que me había empeñado en dar por verdad indiscutible la autoridad divina de la Iglesia. Lo demás fué viniendo por sí mismo. **La Lógica de la doctrina católica me condujo a la Iglesia, como la falta de Lógica en el Protestantismo me había arrojado de él.** Contaba al convertirme diecinueve años, y ni por un momento en el resto de mi vida he tenido por qué arrepentirme de haber abrazado la verdad.

(Trad. de V. Cantera, S. J.)

